



ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU.

Vamos a dar comienzo al acto de presentación del vigesimotercer Congreso Católicos y Vida Pública que este año está dedicado a la corrección política: libertades en peligro. Para este acto de presentación, contamos con unos presentadores de excepción como son D. Mario Iceta Gavicagogeascoa, Arzobispo de Burgos, y D. José Horacio Gómez Velasco, Arzobispo de Los Ángeles y Presidente de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos. En primer lugar, tiene la palabra D. Mario Iceta.



Presentador

**MONSEÑOR MARIO ICETA
GAVICAGOGEOASCOA**
Arzobispo de Burgos.

Gracias por la invitación a estar en esta presentación. Me siento muy honrado de participar en este Congreso de Católicos y Vida Pública, ya en su vigésimo tercera edición, que trata un tema tan importante como es *“la corrección política y las libertades en peligro”*. Me han pedido que haga una pequeña introducción y que presente al arzobispo de Los Ángeles, que va a desarrollar su ponencia, y yo, en todo caso, después de recoger algunas cuestiones que presenta el arzobispo, glosaré dicha ponencia refiriéndola a nuestra realidad de España.

Se habla de que estamos en un cambio de época. Un cambio de época hace referencia a una nueva concepción antropológica. Cuando cambia la concepción sobre el ser humano es cuando se habla realmente de un cambio de época. Este cambio no aparece de la noche a la mañana. Está ligado a un elemento fundamental de la persona humana, que es el concepto de la libertad y su ejercicio real. Es una cuestión que se pone en evidencia en el pensamiento occidental y que hunde sus raíces en el siglo XIV, con el nominalismo, cuando los teólogos se preguntan si Dios puede elegir el mal. De este modo se pone la cuestión de la libertad en el centro del debate teológico referido ni más ni menos que a Dios. Es una cuestión que después va a eclosionar en lo que se conoce como el pensamiento de la modernidad que concibe la libertad como un absoluto e identificada con una voluntad absoluta, incluso capaz de recrear las cosas, siendo realmente la misma libertad quien le confiere su realidad y su sentido.

Para el pensamiento cristiano este es un gran desafío, donde se confronta la dimensión creatural de nuestra condición humana y también de todo el universo, frente a una libertad que tiene la pretensión de recrear las cosas, de llenarlas de un nuevo sentido, de recrear la propia naturaleza. La naturaleza ya no se percibe como un don del creador, sino se ve como una *“res extensa”* a modo cartesiano, donde el ser humano está llamado a llenarla de sentido. De este modo es el mismo ser humano quien da sentido a realidad, a la propia humanidad y también da sentido a la propia sexualidad, transformada en género. Quiere replasmarlo todo, recrear todo según ese concepto absoluto de libertad. Es lo que se conoce como el axioma fundamental de la modernidad.

Pero los pensadores de la modernidad se dan cuenta de que esta concepción antropológica es incapaz, no solo de modo teórico, sino también de modo práctico de llevar adelante su pretensión, y aparece, como bien conocen, lo que se ha dado en llamar la postmodernidad. La posmodernidad tiene sus exponentes en corrientes de pensamiento como el neopaganismo, el nihilismo, el pragmatismo o el materialismo marxista. A mí me gusta mucho el pensador francés Gilles Lipovetsky, que habla más bien de la hipermodernidad. Me apuntaría quizás a esta teoría de Lipovetsky, que podría muy bien ser acompañada por autores que nos hablan de la sociedad líquida como Zygmunt Bauman, y también de la teoría del enjambre digital que postula el pensador coreano Byung-Chul Han.

Nosotros en España, como conferencia episcopal, hablamos de una sociedad desvinculada. El mismo Papa Francisco habla de un individualismo exasperante, dice el Papa. Y también hablamos de la época de la posverdad. El tema de la verdad es realmente interesante, que no es lo mismo que la certeza, con su carga subjetiva, ni que la opinión que parece ser más bien el ambiente en que vivimos. Hablamos en este mundo de la posverdad. Démonos cuenta que, además, para nosotros, siguiendo el humanismo cristiano, basado en los principios evangélicos, cuando Pilato pregunta a Jesús: *“¿Qué es la verdad?”*, la respuesta no es a modo aristotélico un concepto, sino que la respuesta es de carácter antropológico: *“Yo soy la verdad”*. Por lo tanto, la pregunta adecuada no es tanto qué es la verdad, sino más bien quién es la verdad, porque es un tema que creo que se va a tratar profusamente este congreso.

Recuerda también esta situación de cambio antropológico, donde aparece, por tanto, esta posverdad, donde la verdad es muchas veces suplantada por la opinión, a la profusión de filósofos que

niegan el principio de contradicción: se puede conocer lo mismo y lo contrario al mismo tiempo. Y también podríamos acudir a la corriente de pensamiento que se conoce como transhumanismo. Todo ello recuerda mucho a C.S. Lewis, y su obra titulada *“la abolición del hombre”*, la abolición de lo humano. Ciertamente, al eclipse de Dios le sigue la consecuencia de que el ser humano se encuentra sumido y abandonado en una pura inmanencia. No es capaz ya de reconocer la trascendencia. Y de este modo se corre el riesgo de que la interpretación del mundo está dejada en manos de las ideologías y éstas interpretan la realidad, interpretan el mundo desde visiones parciales y sesgadas.

Es ineludible recordar que llevamos año y medio de pandemia. La pandemia nos obliga a repensar muchas cosas. Por ejemplo, ha puesto en evidencia la tremenda fragilidad del ser humano. Aparece una estructura microscópica que echa por tierra, no solo la salud de las personas, sino hace tambalear los mismos cimientos socioeconómicos del mundo. También ha propiciado que se suscite la cuestión de la trascendencia y, en ella, la cuestión de la esperanza. No es posible una esperanza verdadera, una esperanza cierta si no levantamos la mirada a Dios. Son elementos que simplemente he enunciado y que requerirían una profunda reflexión.

Estamos en una Universidad de inspiración católica: Cristo y su Evangelio nos capacitan para dialogar con todas las culturas y corrientes de pensamiento fecundándolos con el don del Espíritu. Esto nos plantea el desafío de poder contrastar las diversas concepciones antropológicas, las concepciones sobre el mundo, la libertad humana, las cuestiones acerca de la verdad y de la felicidad, porque al fin y al cabo hemos sido creados para la felicidad y para la plenitud. Pienso que los elementos que este congreso pone encima de la mesa tienen mucho que ver con la vida cotidiana de las personas, pero, en el fondo, son cuestiones filosóficas, teológicas, culturales y de pensamiento que requieren, como dice el Papa, de una actitud de escucha y encuentro.

Termino enunciando dos frases, una de San Pablo y otra de Isaías. Isaías 61.4, nos dice: *“Reconstruirán sobre ruinas y pondrán en pie los sitios desolados”*. Esta es la tarea del cristiano. Y san Pablo afirma: *“Examinadlo todo y quedaos con lo bueno”* (1Tes 5, 21). No hay propuesta filosófica ni propuesta política que no debe ser profundamente examinada. Pienso que es lo que hace esta magnífica institución de los propagandistas y del CEU San Pablo. Estoy seguro de que estos días van a ser apasionantes para hacer una propuesta que sea propositiva, que sea esperanzadora, que posibiliten que la verdad

y el bien se hagan patentes entre nosotros, precisamente para sembrar esperanza, para sembrar luz en estos momentos de dificultad.

Me corresponde ahora presentar al arzobispo de Los Ángeles. Se trata de monseñor José Horacio Gómez. Es la diócesis con mayor número de católicos en Estados Unidos provenientes de Hispanoamérica. Es el primer presidente hispano de la Conferencia Episcopal Americana, sucediendo al cardenal Daniel DiNardo, con quien fue vicepresidente los últimos tres años.

Monseñor Gómez es mexicano. Nació en Monterrey el 26 de diciembre de 1951. Es licenciado en Filosofía y diplomado en Contabilidad Pública por la Universidad Nacional de Monterrey, México, en 1975. Por tanto, es no solo teólogo, también filósofo y también entiende de economía. Estudió Teología en la Universidad de Navarra, donde obtuvo el doctorado en Teología el año 1980. Fue ordenado sacerdote de la Prelatura del Opus Dei, el 15 de agosto de 1978.

De 1980 a 1987 enseñó en un colegio y escuela secundaria en México y también trabajó como director de Jóvenes en el Decanato de Fátima, en la diócesis de Monterrey.

En el año 1987 se traslada a Texas, donde el año 1999 fue nombrado vicario de la delegación de la Prelatura del Opus Dei. Desde 1991 ha sido miembro de la Asociación Nacional de Sacerdotes Hispanos y ha servido en esa asociación dos veces como presidente. Fue ordenado obispo el año 2001 y ejerció el ministerio primero en Denver, Colorado, y después en San Antonio, como obispo residencial. Ha participado en dos Sínodos de obispos en el Vaticano, bajo el pontificado de Francisco, quien lo nombró arzobispo de Los Ángeles.

Estuvo en el Sínodo de la familia del año 2015, y de los Jóvenes en el año 2018. Solo necesitaba 120 votos para ser presidente de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, y obtuvo 176. Una mayoría más que cualificada.

Es conocido por su firme compromiso de garantizar los derechos de los inmigrantes, ponerse siempre del lado de los refugiados, de las familias separadas de sus hijos en la frontera entre México y Estados Unidos. Ha sido y es un grandísimo defensor de los derechos humanos, de los derechos de los inmigrantes, de los derechos de los refugiados. Un gran defensor de los pobres, poniéndolos, como dice el Papa Francisco, de la periferia al centro de la actividad de la Iglesia.

Así que escuchamos con gusto al monseñor José Horacio Gómez, arzobispo de Los Ángeles. Muchas gracias.